

camino; así que, no llevaron mas lejos sus pesquisas. Un terror vago oprimía á aquellas pobres gentes. Después que volvieron á entrar los exploradores, todos se reunieron en torno del cadáver, cuyas sienes y boca lavaba inútilmente la cocinera con vinagre. Algunos lloraban: M. de Marcellange era un amo bueno, llano, afable, siempre dispuesto á sacar un escudo de su bolsillo para socorrer á los necesitados. «Es muy raro lo ocurrido, dijo uno de los mozos de labranza, mirando á uno de los dos galgos del amo que lamia la mano fria del cadáver tendido sobre la mesa; los perros de caza estaban debajo de la mesa cuando se ha dado el golpe, y no han avisado. Sin embargo, tienen un oído muy fino.»—Y lo que es mas raro todavía, dijo otro mozo, es que el perro que está atado en el patio no ha ladrado.—Preciso es que conozca al que ha disparado el tiro.—Es preciso mandar á buscar un médico á Puy, añadió otro.—¡Un médico! ¿para qué? El pobre señor nada necesita ya. Mas valdria ir á avisar á las señoras.»

Se miraron unos á otros y nadie se ofreció á hacerlo. En aquellas campiñas pobres siempre se escuchaba á la prudencia, siempre temen comprometerse. Así, pues, se contentaron con dar parte de lo ocurrido al alcalde ó *maire* de la municipalidad de Saint-Etienne-Lardeyrol, en cuyo territorio se alzaba el castillo de Chamblas.

M. Luis Vilhardin de Marcellange pertenecía á una familia decente y numerosa de Moulins. En 1.º de julio de 1835 se habia casado con Mlle. Teodora de la Roche-Negly de Chamblas, perteneciente á una de las familias mas antiguas y ricas de Velay. Mademoiselle Teodora no era ya jóven; no habia recibido de la naturaleza ni aun las gracias mas vulgares de su sexo, pero era un buen partido. Las ventajas de nacimiento, de fortuna y de educacion, ya que no de edad y de amor, parecia que se hallaban reunidas en aquel matrimonio, y su principio fue feliz. M. de Chamblas vivia aun; el afecto que este hombre respetable profesaba á su yerno, aseguró mas aun esa felicidad de los primeros dias, pues por parte de ambos esposos, la boda no habia sido mas que un negocio. Teodora de Chamblas, lo mismo que su futuro esposo, habia discutido el importe de su dote con esa razon fria y precoz, con ese espíritu de cálculo que al parecer son las virtudes principales de la generacion actual. Estipulada la boda, se habia examinado maduramente por ambas partes la cuestion de presupuesto. M. de Marcellange era jóven y laborioso; sus esperanzas eran muy buenas; pero en resumen, no llevaba al fondo comun mas que una finca de 120,000 francos próximamente, y 15,000 francos de deudas contraídas para hacer frente á los gastos de la boda. La fortuna de Mlle. de Chamblas, hija única, debia ser considerable; pero en aquel entonces no era mas independiente que la de su marido. Los dos esposos se empeñaron de comun acuerdo en hacer consentir á M. de Chamblas en que les diese en arriendo, por un precio muy módico, la posesion de Chamblas. Esto era un medio de amortizar las deudas y aumentar las rentas comunes.

La parte del Languedoc que denominan el Ve-

lay, es límite de la alta Auvernia; así, pues, no deben sorprendernos esos cálculos tan sabios y esa economía prudente: son virtudes propias del país. Por lo tanto, los primeros años de aquel matrimonio fueron felices; fue, si se quiere, la prosa de la felicidad; pero en fin, esto ya es algo.

M. de Chamblas consintió en el arriendo que le pedian sus hijos, y estos se establecieron en Chamblas. Pero muy luego murió M. Chamblas, y por esta sola circunstancia se encontró colocado M. de Marcellange en una posicion delicada y embarazosa. Mad. de la Roche-Negly habia hecho donacion á su hija única de la propiedad de todos sus bienes, pero reservándose el usufructo de ellos. La muerte de su marido le daba derecho para reclamar sumas importantes, 40,000 francos en metálico, y una pension anual de 2,400 francos. Acaso M. de Marcellange iba á verse obligado á abandonar posesiones que valian 150,000 francos. Se asustó, pues, al considerar esto, y creyó que su interés le aconsejaba llevarse á su lado á su suegra. Mad. de la Roche-Negly estaba en Lyon, en cuya ciudad, alejada hacia mucho tiempo de su marido, vivia en medio del lujo y los placeres. Fastuosa y pródiga, como rara vez suelen serlo en Auvernia, acostumbrada á tener una casa montada con mucho lujo, aquella señora ostentaba un orgullo excesivo, del que no podria formarse una idea el que nunca hubiese encontrado alguno de esos tipos tan fuertemente caracterizados de la aristocracia de provincia. Hay algunos de esos hidalgueros ignorados de un pueblo oscuro, cuya soberbia vanidad parece que hace revivir las tradiciones añejas de una sociedad que ya no existe.

Para desgracia de aquel matrimonio pacífico de Chamblas, Mad. de la Roche-Negly consintió en instalarse al lado de sus hijos.

La influencia de la madre se hizo sentir muy luego en la hija. Acostumbrada á la elegancia de la vida aristocrática, al brillo de las fiestas, á la distinguida inutilidad de la gente de la alta clase, la condesa se sintió disgustada en medio de aquella vida patriarcal y rústica. Que se tuviesen pastores y cabreros, esto parecia bien en un paisaje; pero que se viviese al lado de aquellas gentes, que se hablase su lenguaje, que se interesase uno en sus pensamientos, en sus acciones, ¿no era un absurdo? La primera vez que M. de Marcellange habló delante de ella del precio de los carneros, que habian estado á 18 francos en la última feria, la aristocrática señora arqueó las cejas y se mordió los labios.

Entonces se recordó que M. de Marcellange se llamaba Vilhardin, Vilhardin á secas, segun decian. Antes de su casamiento habia desempeñado un destino en contribuciones directas; así, pues, no era mas que una especie de escribiente, un *jabato* como dicen en el Puy. Mad. de Marcellange se mostró harto dócil para prestar oídos á aquellas palabras despreciativas.

Entretanto habia nacido un hijo, cuya presencia debiera haber estrechado aquellos vínculos que comenzaban á relajarse. Teodora volvió á hacerse embarazada. No se necesitó mas para abandonar á Cham-